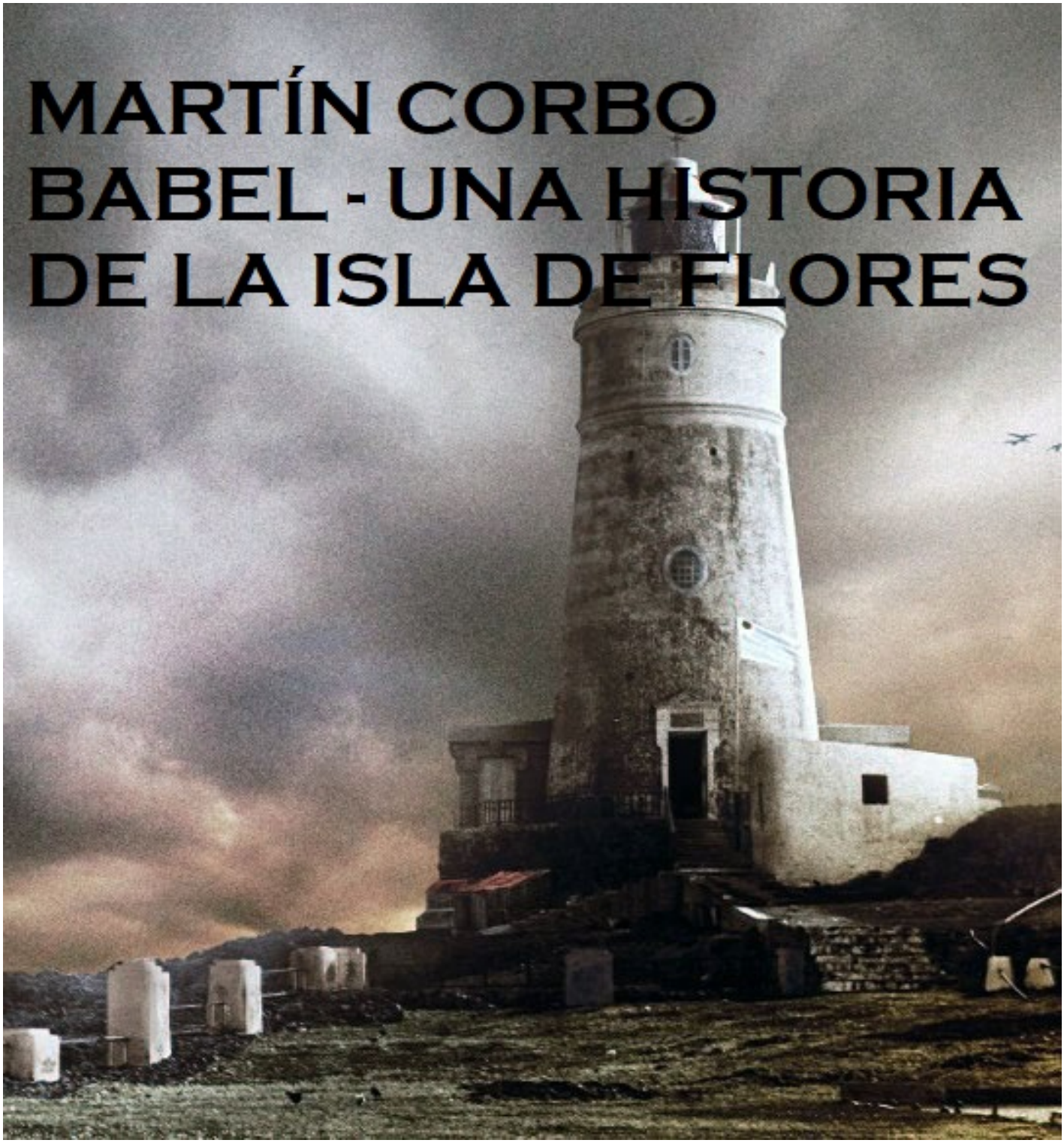
Babel - Una historia de la Isla de Flores

Martín Corbo



Capítulo 1

BABEL

(UNA HISTORIA DE LA ISLA DE FLORES)

Índice

PARTE I ..... Pág. 7

PARTE II ..... Pág. 81

PARTE III ..... Pág. 127

PARTE I

CAPÍTULO 1

***

La añeja embarcación se estacionaba despaciosamente en el flamante muelle. Transcurrían tan sólo dos meses desde la inauguración del lazareto, y la etapa final de las edificaciones se había completado no sin contratiempos. El embarcadero de tablas permitía a los extenuados viajantes descender directamente en el islote principal, evitándoles la compleja salida en los inestables botes que anteriormente cubrían la breve -pero ajetreada- travesía desde altamar.

"- Adelante, adelante; continúen hacia el edificio principal. Sin empujar", demandó el desinteresado anfitrión.

La multitud marchaba con paso cansino, portando sus contadas posesiones y custodiándolas celosamente. Al aproximarse a los extensos mostradores, se recibía indicación de dónde formarse, subordinado a si se había cruzado el océano en los camarotes de primera clase o en los de los restantes pasajeros.

"- Manuel, anda hombre. No te demores, que perderemos el lugar", protestó la corpulenta mujer.

"- Ya va, ya va… No desesperes, Antonia", respondió su chaparro compañero.

El funcionario tomó su pluma, la empapó en tinta y levantó la vista. "- Tengan ustedes buenos días. Tengan a bien entregarme los documentos, y en seguida serán derivados a la enfermería".

"- Habrase visto… no tienen la más mínima vergüenza. ¿Qué piensa que somos? ¿Servidumbre? ¡Mi padre es el alcalde de Fonsagrada!", espetó molesta Antonia.

"- Calma mujer, no entorpezcas el procedimiento. Lo hablamos mil y una veces antes de llegar… Debes hacerte la revisión como cualquier otro si quieres llegar a Montevideo", argumentó Manuel.

"- Pero, pero…", repitió para luego callar entre gruñidos.

"- Ahora,", continuó el funcionario. "- Si acompañan a la enfermera, ella los guiará con el doctor. Juana, por favor". La menuda muchacha se acercó a la pareja, y los invitó a acompañarla.

"- Cuidado con el equipaje, los frascos de perfume son delicados y costosos", alardeó Antonia mientras liberaba la maleta frente a sus pies.

"- Señora, aquí no tenemos servicio de recadero. Debe llevar sus propios bultos", informó a sus espaldas el impasible funcionario.

Antonio se giró sobre sí misma y lanzó una mirada pendenciera. Manuel resopló una vez más, apoyó una mano en su hombro y logró transmitirle con su rostro que ya era suficiente alboroto para su breve estancia en la isla. Antonia, desahuciada, levantó su equipaje y, empujando a Juana, aceleró hacia la enfermería.

En tanto, en la otra hilera de los arribos, una joven embarazada negociaba con un funcionario menos tolerante que el anterior.

"- Se lo ruego, permítame continuar viaje. Preciso llegar a la ciudad con mis patrones", le suplicaba entre lágrimas.

"- No insista, señorita. Solamente la primera clase tiene acceso al médico para evaluar la necesidad de realizar la cuarentena. El resto de ustedes deberá permanecer en la isla, al menos por un mes", respondió el funcionario. "- Permita que los demás se registren, tengo para varias horas hasta que terminemos con el último".

La joven, vencida, se hizo a un lado y divisó los galpones a lo lejos. No avizoraba cómo lograría sobrellevar su estancia en el islote, ella sola. Además, el malestar comenzaba a someterla; no iba a ser posible continuar disimulando.

***

La sala de curas era una estructura precaria. Antonia no salía de su asombro. Ella, con su ascendencia aristocrática, obligada por los negocios de su marido a realizar tamaña travesía y, por encima de todo, a ser tratada como una sarnosa.

"- Señora, en seguida estamos con usted", indicó Juana mientras apoyaba los instrumentos sobre la bandeja de metal. Antonia no emitía palabra.

Manuel, que se encontraba en la litera contigua, abotonó su camisa y aguardó el veredicto del médico. "- Todo en orden, señor Ceballos. No presenta usted síntoma alguno. Es libre de continuar viaje". Manuel asintió, y le agradeció estrechando su mano derecha.

El doctor se volvió hacia a Antonia, y comenzó con los estudios. Ignoró los manifiestos gestos de desaprobación, y aplicó cada uno de los procedimientos estipulados en el protocolo médico. Al culminar, se retiró a su escritorio a escribir el informe.

"- ¿Dónde está Ana? Quiero regresar al barco lo antes posible, no vuelvo a cargar mi maleta", desafió Antonia.

"- No lo sé, mujer. La otra fila va demorada. Tiene con ella la nota que le hemos dado para que la autoricen a continuar hacia Montevideo con nosotros. Ya aparecerá", respondió Manuel con su acostumbrada tranquilidad.

***

Ana aguardaba en la entrada del consultorio, cuando advirtió que Manuel se asomaba cargando las dos maletas.

"- Señor Ceballos, señor Ceballos…". La desesperanza le brotaba por los poros. "- No ha resultado, me obligarán al confinamiento. Le ruego que hable con ellos…" suplicó entre lágrimas.

Manuel jadeó, y arrastrando la pesada carga se arrimó al escritorio de registro. "- Disculpe", se dirigió al funcionario. "- La joven ha presentado una nota firmada por el General Prim, solicitando se le conceda permiso para continuar la travesía hasta el puerto de Montevideo".

"- Lo siento, caballero", comenzó el administrativo. "- La norma es que los pasajeros que no viajan en primera clase deben cumplir el aislamiento. Así sea que traigan una nota firmada por el Pío Nono".

"- Comprendo, oficial. Pero entienda usted que su embarazo está a término, permanecer aquí en contacto con los demás pasajeros representa

un grandísimo riesgo para la criatura, y para la madre. Permita que la vea el médico cuando menos, y que él decida".

El funcionario desvió la mirada, y regresó a los ojos de Manuel. "- Bien, bien… Que presente la nota en enfermería. Si el doctor accede, la evaluará y él tendrá la última palabra", concluyó.

Ana abrazó efusivamente a Manuel, para soltarlo de inmediato. "- Disculpe señor, yo no quise…", se justificó con el rostro evidenciando sonrojo.

"- Ya, ya. Que no pasa nada. Vamos con el matasanos, y terminemos con esto". Cruzaron la cancela del consultorio, y Ana tomó asiento cuidadosamente en la litera.

Juana la recibió, y lo ofreció una compresa fría. "- ¿Cómo te sientes?", le preguntó.

"- Estoy bien, gracias", contestó Ana, procurando sostener el engaño. Su indisposición no mejoraba; la probabilidad de que sorteara la revisión médica se tornaba utópica.

El doctor se presentó y, luego de verificar la esquela, comenzó a examinarla. "- No precisaré completar todos los exámenes, es evidente que tienes la fiebre", afirmó mientras terminaba de auscultarla. "- Deberás alojarte en el sanatorio para que podamos monitorear tu evolución en los siguientes días", agregó.

Entre sollozos, Ana no encontraba consuelo. Su suerte estaba echada. Cuarenta días en la isla. Nada podía ser peor.

Antonia, indiferente al sufrimiento de su criada, se acicalaba mientras aguardaba los resultados de su revisión. El doctor regresó hacia la litera de Antonia, y con cautela le comunicó las novedades. "- Señora Ceballos, lamento informarle que presenta algunos síntomas. Deberá permanecer en la isla, al menos por una semana. Un lugar le será acomodado en el hotel".

El frasco de perfume que Antonia sujetaba entre manos cayó súbitamente al suelo, partiéndose en mil pedazos.

***

Cuando recuperó la conciencia, lo primero que distinguió fue a su marido. La contusión que le había provocado el golpe en la cabeza al desmayarse comenzaba a generarle una fuerte jaqueca.

"- Mujer, dime que no te has dañado la vista", imploraba Manuel. Antonia

se incorporó con su ayuda, y se sentó sobre la camilla.

"- Manuel, Manuel; no puedo quedarme aquí. ¡Tienes que hacer algo! ¡Por favor!", balbuceó Antonia.

"- Lo siento Antonia; mientras estabas inconsciente he intentado convencerlos. Pero Ana y tú deberán permanecer aquí. Volveré por ti en una semana cuando mucho. Ana en cambio, tiene para más de un mes en este lugar".

"- ¿Y qué pasará con el bebé? Es nuestra única oportunidad Manuel, no podemos perderlo", exclamó.

"- Tranquila, esa criatura irá con nosotros apenas nazca. Te lo he prometido, y Ana cumplirá su palabra. Lo que hemos hecho por ella cubre con creces su sacrificio".

"- Manuel, quédate conmigo. Te lo suplico", gimoteó Antonia. "- ¡No quiero pasar la Navidad aquí sola!".

"- Que no puedo mujer, me esperan mañana para cerrar el negocio", se excusó Manuel.

"- Entonces regresa apenas puedas, no creo poder soportar sola en este lugar mucho tiempo".

"- Vale, vale; volveré lo antes que me sea posible", prometió Manuel.

***

Ana se trasladaba hacia el segundo islote, donde las húmedas barracas alojaban a los viajantes con síntomas leves. Juana había decidido acompañarla, a pesar de la censura del médico. Ello le representaría una amonestación, pero poco le importaba.

"- Por aquí, ya casi llegamos", afirmó Juana mientras el transporte comenzaba a detenerse. La carreta trasladaba a otros pasajeros, que despaciosamente la abandonaron.

"- Enfermera, tiene que ayudarme. Preciso quedar en el hotel, no resistiré aquí", insistió Ana.

"- Lo siento. Pero así es como va a ser. Son cuarenta días. Te prometo que vendré a verte diariamente a la mañana, y repetiré la visita en la tarde si es necesario. Ese niño va a estar bien, no tienes lo que temer".

Cruzaron el umbral de la entrada, y el sombrío escenario se desplegó ante sus ojos. Decenas de camastros apiñados; la escasa luminosidad, la

hediondez y el bullicio vulneraron sus sentidos al mismo tiempo sin que pudiera oponer mayor resistencia. Juana la guio hasta su sitio, y apoyó el bolso sobre la cama.

"- Ahora debo volver, menuda reprimenda me espera en el primer islote con el doctor", se lamentó Juana.

"- ¿Volverás hoy?", le preguntó esperanzada Ana.

"- No lo creo, en un par de horas se pone el sol, y no es seguro intentar el cruce por la noche. La marea sube y la luz de la antorcha no es suficiente", explicó Juana. "- Ahora, debo partir. Nos vemos por la mañana, que descanses". Se dio media vuelta, y desapareció por el portal.

***

La noche devoraba el recinto sin previo aviso. El centinela de turno encendió un par de velones, que consiguieron arrojar algo de luminosidad.

"- Venga, que ni siquiera puede uno intentar dormir en este maldito lugar", se quejó uno de los pacientes.

"- Fermín, cierra la boca y a tus asuntos", respondió el vigilante.

El pálido hombre se volteó, y se cubrió el rostro con la fina y deshilachada manta.

El centinela continuó su recorrido entre las literas, y se detuvo junto a la del capitán.

"- Buenas noches, almirante. ¿Cómo se siente?", indagó el guardia.

Su interlocutor, con dificultad, entreabrió los ojos y secó con su mano derecha el sudor que le cubría el rostro. "- Nunca mejor", alcanzó a responder con notorio esfuerzo.

"- ¿Puedo ofrecerle un paño frío?".

"- Le agradezco enormemente", aceptó el capitán. Desde su traslado al "hospital sucio", la emanación de la chimenea del crematorio comenzaba a afligirlo.

"- ¿Qué hay de mi compresa fría?", reclamó Fermín.

"- Que te calles, Fermín. O saco tu camastro afuera y duermes con los

lobos marinos”, retrucó el vigilante.

“- Vaya, que yo no he hecho nada malo ni he pedido nada especial. Solamente quiero el mismo trato que el almirante”, elevó Fermín.

“- Cuando manejes un navío que atraviese el océano, házmelo saber. Y tendrás tu paño húmedo”.

“- Hijo de la gran puta”, pensó Fermín para sus adentros mientras los retorcijones le impedían una vez más conciliar el sueño. En el edificio contiguo, la chimenea del horno despedía una humareda opaca y pestilente.

***

Las primeras luces asomaban por el este de la isla. La nave se aprestaba a partir rumbo al puerto de Montevideo. Los últimos viajantes procedían a embarcar, en tanto Manuel se despedía de su mujer.

“- Vamos, que debo irme. Verás cómo los días se te pasan ligero”, vaticinó Manuel mientras intentaba liberarse del interminable abrazo.

Antonia, quien mostraba una actitud completamente antitética a la del día anterior, estrujaba al menudo hombrecito. “- Adiós, mi vida. Te estaré esperando. Qué rabia me da no poder festejar la Navidad contigo”.

“- Tranquila, al menos no te perderás la misa de Gallo. Quién hubiera sospechado que tienen a un sacerdote aquí en estas fechas”, comentó Manuel.

Finalmente, Antonia soltó a su marido, quien enfiló hacia el navío. Una semana. Era todo lo que tenía que tolerar. Y no podía ser tan tremendo. Después de todo, estaría con los de su clase en el hotel. Lo único que lamentaba era no contar con Ana para que se ocupase de sus necesidades. Se volvió hacia el alojamiento, y se dispuso a disfrutar de su desayuno.

***

La joven grávida no había logrado pegar un ojo. A diferencia del hotel de alta clase, las instalaciones del primer sanatorio obstruían la posibilidad de un buen descanso. Lamentos, alaridos, simples charlas de insomnio, interrumpían continuamente el pernocte.

La colación se disponía en una gran mesada de madera, y consistía en un precario menú: una taza de café de cuestionable higiene, que consistía más en agua caliente que en la prometida infusión; y como aperitivo, un

pedazo de pan duro que había sobrado de las comidas del hotel.

Ana, sin embargo, devoró el trozo de hogaza, el cual remojaba en el líquido para suavizar la ingesta. Mientras lo hacía, inspeccionaba al resto de los pacientes. Con muchos de ellos habían compartido camarote en el trayecto desde el reino; otros, permanecían desde embarques anteriores al inaugurado lazareto, al no presentar mejoría en su condición y coquetear con la posibilidad de ser trasladados al segundo sanatorio.

Poco después, distinguió a Juana, quien deambulaba por el edificio, controlando las novedades de algunos de los enfermos.

Cuando finalmente se dirigió hacia ella, la alegría que sintió colaboró en que las náuseas remitieran, al menos un poco.

"- Buenos días, Ana. Aunque me temo que no haya ha sido posible, espero que hayas podido descansar", saludó Juana alzando la mano.

"- Si debo ser sincera, he tenido noches mejores", respondió Ana con una esforzada sonrisa.

"- Ven, vamos a caminar un poco. Hay una agradable temperatura a la intemperie que invita a estirar los pies", invitó Juana.

Mientras egresaban del recinto, Juana le presentó un bollo dulce que tenía guardado en el bolsillo de su abrigo. "- Ten, lo he traído del desayuno del hotel. Nadie lo ha notado. Tienes que estar fuerte para esa criaturita que llevas dentro".

Ana lo tomó cual tesoro y, a medida que lo desmigajaba, iba ingiriendo el sabroso refrigerio.

"- Eres como un ángel, no sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí", afirmó Ana. "- Cuéntame, sino es demasiado atrevimiento, ¿cómo es que terminaste aquí? No debe ser sencillo trabajar en este lugar, rodeada de insanos y apartada de la civilización".

Juana continuaba mirando hacia adelante, mientras proseguía la marcha. "- Una buena paga y temas personales me trajeron aquí. Es todo lo que puedo decir. No es muy diferente que los lazaretos de la ciudad, y aquí al menos tengo paz y sosiego cuando lo quiero".

Ana finalizaba su ingesta, y entendió que hacer más preguntas indiscretas no contribuía a afianzar la relación con su potencial amiga. Si debía pasar mes y medio en la isla, era de su conveniencia tener la mayor cantidad de vínculos que le fuera posible. La indisposición, afortunadamente, había

cedido luego de una noche de descanso en tierra firme.

Concluían su paseo por los límites del segundo islote, cuando notaron que alguien se aproximaba. Un mastodonte acarreaba una bolsa de yute de considerable tamaño sobre su espalda. En el momento que se cruzaron las observó, pero permaneció silencioso.

"- Buenos días, Francisco. ¿Cómo va tu mañana?", preguntó Juana.

Francisco la contempló, sin respuesta.

"- Está bien, ya tendrás confianza para contestarme delante de los novicios. Ana, déjame presentarte. Él te hará compañía cuando yo no esté".

La mole se acercó tímidamente a las dos mujeres. Lo que al principio generó rechazo en Ana, paulatinamente mutó a curiosidad y compasión. Era un hombre joven, notoriamente tímido, incluso aniñado.

"- Francisco, te presento a Ana. Ana, Francisco. Nadie sabe cómo se embarcó, ni cuál era su cometido al llegar a Montevideo. No tenía papeles, ni tampoco supo explicar que hacía aquí. A la idea inicial de enviarlo a Montevideo, la sustituyó la necesidad de personal para trabajos de fuerza, y la limpieza de los desechos de los caballos".

Ana contempló a Francisco, y le estrechó sinceramente su mano. "- Hola, mucho gusto Francisco".

El mastodonte levantó la mirada con vergüenza, y sin emitir palabra la saludó alzando su mano izquierda.

"-Asegúrate de quedarte cerca de este grandulón, y nadie se meterá en tus asuntos", aseguró Juana.

Lo despidieron, y continuaron el paseo.

"- Y dime, ¿qué están preparando para las fiestas?", indagó Ana. "- Espero que sea algo mejor que ese pan viejo".

"- Menudo banquete se darán en el hotel", comentó Juana. "- Aunque tienes suerte de no estar en el tercer atolón. El engrudo que sirven allí en cada comida te haría apreciar enseguida lo que te dan aquí".

***

El capitán deliraba por la temperatura. El guardia de turno aplicaba

compresas frías sobre su cara, pero el calor parecía no ceder.

"- Será posible", exclamó sin que nadie le prestara demasiada atención. "- Tendré que ir por Juana. Capitán, resista. Ya traeré ayuda".

El vigía egresó del segundo sanatorio, y por unos instantes los dolientes se hallaron solos.

"- Oye, Fermín. Qué estás haciendo. Vas a generarle una bronca el centinela", comentó uno de los pacientes, mientras Fermín se guardaba uno de los instrumentos cortantes que había utilizado el guardia para recortar las compresas.

"- Hombre, tú tranquilo. Voy a tener mi oportunidad, y cuando eso suceda, me levantaré contra toda este cochambre y exigiré que nos trasladen a otro islote. Incluso, quizás tengamos fortuna y disfrutemos de un buen almuerzo en el hotel".

"- Haz lo que quieras, pero no nos metas en líos. Ya bastante tenemos con estar aquí", concluyó su oyente.

Minutos después, el vigilante retornó con la enfermera. Juana higienizó sus manos en la fuente con agua, y comenzó a revisar al capitán. "- Esto no es bueno", comentó en un tono casi inaudible. "- Tenemos que lograr que la fiebre le baje, ya son muchos días en esta condición".

"- Debes traer al doctor, Juana; no puede continuar así", demandó el vigía.

"- Tú sabes cómo son las cosas por aquí. El que llega al tercer islote, no sale de aquí…", le recordó.

"- Debe haber algo que podamos hacer, ¡piensa!".

Juana cerró los ojos y, al abrirlos, su mirada le hizo saber que las plegarias eran en vano. "- Quizás haya forma de que su sufrimiento sea un poco más digno", propuso. "- Podría venir a cuidar de él luego de finalizar mi jornada; al menos hasta la hora de la cena. Lo único que debes es asegurarme que estaré protegida del resto de los infectados".

"- Delo por hecho; podemos apartar el camastro del capitán y darle un poco más de privacidad, incluso improvisar algún tipo de mampara", comentó emocionado el centinela.

"- Bien; volveré mañana al crepúsculo".

***

Faltaban solamente dos días para la Nochebuena, y el hotel se preparaba con sus mejores galas para los festejos. Lujos y ornamentos eran colocados en los distintos ambientes, y los instrumentos para el concierto ya se encontraban dispuestos en el auditorio. Los huéspedes carecían de motivos para no disfrutar de su estancia. Contaban con todas las comodidades que el dinero podía pagar.

Antonia, excusándose con las damas que la habían acompañado en la sobremesa, abandonó el recinto y se dirigió hacia la enfermería donde interceptó a Juana, quien se disponía a cumplir con su ofrenda al capitán.

"- Enfermera, preciso saber cómo está Ana. Debo asegurarme de que nada la sucederá a ese bebé", interrogó la rolliza mujer.

"- Buenas tardes para usted también, señora", ironizó Juana. "- Ana goza de buena salud, y también el feto".

"- Me urge verla", demandó Antonia.

"- No es ningún problema, señora. Pero deberá usted extender su estadía durante un mes más", ofertó Juana con una sonrisa amplia.

Antonia, espantada, retrocedió como si Juana tuviera la peste y fuera a contagiarla. "- No concibo pasar un día más de lo necesario en esta leprosería. Exijo me sea informado inmediatamente en caso de que dé a luz. Ese bebé debe ir conmigo a Montevideo. Es el acuerdo que tenemos con Ana", explicó Antonia.

"- Descuide, señora. La mantendré al tanto de los acontecimientos. Ahora, si me disculpa, debo marcharme".

Antonia se dio media vuelta, y se retiró rumbo al hotel sin responder. Juana se lamentó por Ana, y cualquiera fuera la circunstancia por la que accedió a entregarle su cría a tan horripilante mujer. Preparó el botiquín, y partió rumbo al tercer islote.

El carro no demoró en aparecer, y en pocos minutos entraba por la puerta principal del hospital sucio. El guardia la esperaba en las escaleras, y le indicó dónde ubicar al capitán. Observó la precaria pantalla que habían logrado montar con maderas y una sábana, y contempló al paciente.

"- ¿Está consciente?", preguntó Juana.

"- La fiebre no ha mermado. Hace horas que duerme", respondió el

centinela.

“- Tráeme el recipiente con agua, y un vaso. Tengo unas sales en maletín que lo ayudarán cuando despierte. Mientras, apliquemos más apósitos frescos”.

Poco después, el capitán se despabilaba con una sensación de profundo ardor. Se percató de la presencia de Juana, quien tomó su mano derecha entre las suyas.

“- Capitán, descanse. He preparado un medicamento que lo aliviará. Pero debe comer algo primero”.

El capitán no replicó, pero se aferró a su acompañante.

El vigilante se aproximó, y le entregó a Juana un platillo con frutas. “- Espero que sea suficiente”, ofreció. “- He apartado lo que he podido del almuerzo del personal, pero no puedo arriesgarme a llamar la atención”, se lamentó.

“- Con esto alcanzará, descuida”, agradeció Juana. Tomó la fruta, y comenzó a pelarla. Luego de pelar los gajos y retirar las semillas, comenzó a alimentar al capitán, quien con esfuerzo ingería cada trozo.

Cuando acabó de comer el cítrico por completo, Juana revolvió el contenido del vaso y lo ofrendó al capitán. “Beba, le aseguro que por la mañana se sentirá mejor”.

El capitán entreabrió los labios, y levantando con empeño la cabeza comenzó a sorber el contenido. El malestar le impedía percibir el desagradable gusto de las sales, lo que contribuyó a que completara la dosis con rapidez.

“- Ahora, vuelva a dormir. Nos veremos mañana”. Lo cubrió con la frazada, y le hizo señas al vigía para que la escoltara hacia la salida.

“- ¿Crees que mejorará?”, curioseó el vigilante.

“- Eso espero”, contestó Juana. “- Y si lo hace, tendremos que meditar cómo haremos para sacarlo de este lugar. Antes de que termine en el incinerador”.

***

El café, aunque aguado, al menos tenía la temperatura correcta. Ana masticó su fracción de pan, y contemplaba a Francisco devorar lo que

quedaba del suyo.

"- No deduzco cómo sacias tu apetito con ese diminuto tentempié", indagó Ana.

Francisco, como de costumbre, miró hacia donde Ana, pero permaneció callado.

A lo lejos, por la ventana principal, advirtió que arribaba el carromato proveniente del primer islote. Juana descendió del mismo, y Ana se incorporó para ir a su encuentro.

"- Juana, no veía la hora de que llegaras", confesó Ana.

Juana sonrió, y le entregó un pañuelo que envolvía uno de los clásicos pastelillos que usurpaba del hotel. "Por si no te colma el almuerzo".

Ana agradeció, y comenzaron la cotidiana marcha.

"- No caigo en que apenas llevo dos días aquí", dijo Ana. "- No sé cómo haré para sobrellevar el resto de la cuarentena".

"- Ana, hay algo que debo contarte. Pero debe ser nuestro secreto", advirtió Juana.

"- Por supuesto; lo que sea, seré una tumba", prometió Ana.

"- Debemos irnos de aquí, cuanto antes. Tengo un plan, pero precisaré toda la ayuda que sea posible".

"- No comprendo", contestó extrañada Ana.

"- Lo único que debes entender es que si logras salir de la isla, nada bueno te espera en Montevideo. Esa mujer para la que trabajas es el demonio. Desconozco qué es lo que te ha prometido, pero te garanto que no cumplirá su palabra. Tú única alternativa es desaparecer".

"- Pero Juana, lo que estás diciendo es una locura. ¿A dónde iremos? ¿Y cómo saldremos de este lugar? Estamos a kilómetros de la costa".

"- Por eso no debes preocuparte", aseguró Juana. "- Lo único que precisamos es alguien que pueda conducir uno de los botes que guardan en el depósito. Y ya tengo a nuestro conductor", respondió.

Ana se detuvo, y su vacilación transmitió pesadumbre a Juana. "- Debo meditarlo, tú no entiendes lo que he vivido… Si me descubren…", explicó

mientras se desahogaba en un llanto.

Juana, impávida, la abrazó incumpliendo el protocolo. "- Confía en mí. Es tu oportunidad de comenzar una nueva vida. Sea lo que sea que haya pasado antes, no eres prisionera de esa gente. Tienes derecho a rehacer tu vida".

Ana secó las lágrimas con el dorso de su mano izquierda, y asintió. "- De acuerdo. Pero debes contarme qué tienes en mente".

***

CAPÍTULO 2

***

Antonia no terminaba de acostumbrarse a la gran capital. Alejada de su añorada Galicia, Madrid le resultaba poco acogedora.

La tozudez de su madre había prevalecido y, pese a negativa de su progenitor, partía con la mayoría de edad recién cumplida a la empresa de ser una de las primeras mujeres del reino en estudiar una carrera universitaria.

La residencia que le había facilitado su familia cubría en todos los aspectos el confort que conocía. La servidumbre también le había sido solucionada; limpieza y gastronomía no eran un contratiempo para dedicarse a los estudios.

El primer día en las aulas le resultó no menos fastidioso que el cambio inicial de hábitat. La imposición de vestirse con ropa masculina le era inaudita, pero poco había para hacer al respecto. Siendo la única mujer tomando los cursos, sintió la intimidación de la actitud de sus compañeros a lo largo de la jornada, y la indiferencia de los profesores. Asistir de oyente sin tener la posibilidad de intervenir limitaba sobremanera sus posibilidades, y tampoco le era autorizado a participar de los grupos prácticos.

Los meses transcurrieron entre la soledad y la apatía. Infinitas noches había imaginado el regreso a Fonsagrada, incluso a riesgo del rechazo de su madre. Pero, a pesar de las noches de vigilia y desconsuelo, sentía que debía resistir a como diera lugar.

El día del primer examen, un diluvio caía sobre la ciudad. La sombrilla no lograba detener el aguacero, y empapaba su vestimenta. Al llegar al salón, las risas no fueron disimuladas. Semejante martirio, para tomar una prueba que no sería calificada. A Antonia poco le importaba; estaba dispuesta a demostrarle a todos que podía hacer una mejor prueba que el

resto.

Abandonó el aula con tiempo de sobra, ante el cólera de los demás alumnos. Aunque le constaba que nunca lo reconocerían, tenía aptitudes de sobra para ser la primera de la clase. La tormenta había mermado, y decidió ir a tomar una taza de café al Parque del Retiro. Se ubicó en una mesa junto al estanque, y ordenó un pocillo. Faltaban algunas horas para la partida del tren rumbo a Lugo, y la ilusión de reencontrarse con sus seres queridos la invadía de buen humor.

A la hora de embarcar, entregó el boleto al inspector, colocó su equipaje en el estante y tomó asiento. A su lado, se encontraba un delgado muchacho, quien saludó asintiendo con la cabeza. Antonia retribuyó el saludo, aunque más concentrada en la idea de aprovechar el viaje para dormir una siesta que le compensara la larga noche de estudio.

Un imprevisto alto a la marcha de la locomotora interrumpió su sueño. Un rebaño de reces se atravesaba en la vía, mientras los pasajeros observaban como el maquinista y sus asistentes se esforzaban por retirar a los animales del camino.

"- ¿Te encuentras bien?", preguntó el joven. "- Vaya susto te has llevado".

"- Sí, todo bajo control. Muy agradecida", respondió Antonia, aún aturdida.

"- Mucho gusto, Fernando es mi nombre", se presentó.

"- Antonia, el placer es mío".

"- ¿Qué te espera por Galicia, si puedo preguntar?", interrogó Fernando.

"- Voy de visita. La universidad está de receso, y hace meses que no veo a la parentela. ¿Cuáles son tus asuntos por esos lares?".

"- Soy funcionario del gobierno, me esperan varias reuniones en Pontevedra los próximos días", explicó Fernando. "- Por fin, están retomando el viaje. A buena hora".

***

El reencuentro familiar había colmado de júbilo a Antonia. Volvía a sentirse ella misma, lejos de toda la vorágine de la gran ciudad y su tensión.

"- Hoy tendremos una cena fantástica, hija", prometió su madre. "- Te he dejado un vestido nuevo en tu recámara. Acompáñame a que te lo

pruebes”, le ofreció.

“- Madre…”, comenzó Antonia. “- Tengo algo que contarte. He conocido a alguien. Se encuentra en el municipio por asuntos de trabajo. Concédeme el permiso de invitarle para que lo conozcas”, solicitó entusiasmada.

“- Hija, sabes que debes conversarlo con tu padre y no conmigo”, argumentó su madre.

“- Lo sé, lo sé. Pero preciso de tu ayuda. Es muy importante para mí”.

“- Vale, haré lo que esté a mi alcance. Tienes mi palabra”, prometió.

“- Bueno, pero qué hacen estas dos hermosas damiselas sin compañía alguna”, clamó su padre al ingresar a la sala.

“- Querido, te hacía recorriendo los cultivos. Qué fortuna contar con tu compañía. Iré a la cocina a ver que todo esté en orden para el almuerzo. Ahora, los dejo solos, me imagino que tienen mucho que contarse uno al otro”. La madre recogió las enaguas de su indumentaria, y con una reverencia se excusó para partir rumbo a la fortaleza.

“- Padre, tengo una petición para hacerte”, sugirió Antonia, procurando no dejar entrever su turbación. “- Quisiera presentarte a alguien en la cena de hoy. Es muy importante para mí que lo conozcan”.

El padre frunció el entrecejo, y miró hacia el horizonte. “- Antonia, no volveré a discutir al respecto. Tenemos un compromiso con los Ceballos. Manuel será tu esposo, tan pronto como satisfagas el capricho de tu madre y regreses de la universidad, te casarás con él”.

Las lágrimas comenzaron a recorrer las mejillas de Antonia. “- Padre, te lo suplico. Nunca te he pedido nada. Solamente dale una oportunidad”, rogó.

“- Lo lamento, Antonia. Pero no hay nada que pueda hacer. Un trato es un trato. Ahora, vayamos a la casa, tengo un apetito voraz”.

Antonia secó las humedades de su rostro, y comenzó el derrotero tras de su padre.

***

El asueto llegaba a su fin, y Antonia ingresaba a la estación del tren, vencida. Los diferentes aspectos de su vida le eran digitados, y no tenía voz ni voto en el rumbo que llevaba.

Esperaba en el andén por la máquina, cuando alguien la sorprendió cubriéndole los ojos por detrás. "- Dado que no me fue concedida la oportunidad de cenar contigo, espero que al menos podamos compartir el viaje de regreso", propuso Fernando mientras descubría sus ojos y la besaba en la mejilla.

"- Fernando…", empezó Antonia para luego quedarse sin palabras.

"- ¿Qué sucede? Puedes contarme lo que sea", afirmó.

"- Lo nuestro no puede ser. No te haces una idea de lo que me cuesta decirte esto…", confesó Antonia consternada.

Fernando atendía el relato de Antonia, sin demostrar su desengaño. "- Antonia, ¿ha sido tu padre? Concédeme la oportunidad de dialogar con él. No tengo título nobiliario, pero puedo demostrarle que soy un hombre de bien y que merezco desposarte".

Antonia evitó el contacto visual, y recogió su maleta del suelo. "- Debo irme. Te deseo todo lo mejor. Te lo mereces". Acarició su mano, y raudamente se alejó hacia los vagones.

***

Los abriles que siguieron se sintieron infinitos. Siendo la más destacada de su generación, regresaba a su lugar de origen sin ninguna certificación. Pasarían décadas hasta que la primera mujer española pudiera matricularse formalmente en una carrera.

A su retorno a Fonsagrada, la esperaba su prometido concertado. Algunos años mayor, Manuel continuaba la empresa familiar dedicada al hierro y acero. No era un candidato para despreciar; de hecho, era pretendido por varias señoritas de la zona. Sin embargo, el pacto entre las familias era inquebrantable.

"- Antonia, desearía no ser partícipe de esta patraña tanto como tú. Pero así son las cosas. No espero que me ames, ni ser la luz de tus ojos; lo único que te pido es que nos respetemos el uno al otro y tengamos una vida digna juntos", propuso Manuel.

Su estancia en la capital había dado tiempo de sobra a Antonia para meditar cómo sería el resto de su existencia en este matrimonio por conveniencia. Consciente de que existían otras opciones mucho menos alentadoras, se había persuadido a sí misma de que no tenía sentido alguno seguir oponiendo resistencia. Se casaría con Manuel, y pondría todo su empeño en que la relación prosperara.

El festejo se realizó en el predio de la familia Ceballos. Cientos de invitados asistieron al evento, y esplendidos obsequios les fueron realizados a los novios. La ceremonia religiosa fue sobria aunque extensa, y luego de la cena la orquesta amenizó la sobremesa.

"- Manuel, no lo tomes a mal, pero me retiraré a descansar. Ha sido un día muy largo. Y mañana debemos resolver todo el asunto de la mudanza". Besó a su novel marido en la frente, y se alejó por el pasillo. Manuel la contempló en silencio, y decidió dar por terminada la velada para retirarse a su dormitorio en el ala opuesta de la casona.

***

El vínculo comenzó con cortesía y pujanza. Manuel dedicaba largas jornadas al trabajo, en tanto Antonia se dedicaba a sociabilizar. Ayudantes tenían de sobra, y ocupar su agenda diaria paulatinamente se tornó un ejercicio embrollado.

La primer Navidad como marido y mujer trajo consigo temperaturas bajo cero, y fuertes nevadas. La celebración se realizó en la finca de la familia de Antonia, y los Ceballos habían sido convidados a participar de la festividad.

"- Este cochinillo que han preparado es un manjar", afirmó la madre de Manuel. "- Alberto, ¿de veras lo has cazado tú?".

"- Soy aficionado a la caza desde que Antonia era una pequeña", explicó Alberto. "- Me alegro de que sea de su agrado, Eleonora. Manuel, algún día podrías acompañarme, y te mostraré mi técnica con el cuchillo", ofreció.

Manuel asintió, e hizo un gesto que solamente Antonia comprendió. Era un hombre jocoso, y ponía mucho empeño en agradar a todos.

"- ¿Y para cuándo esperamos pequeños correteando por los pasillos?", lanzó súbitamente Eleonora.

Antonia hizo su mayor esfuerzo por no esputar la bebida que acababa de ingerir. Manuel se llevó la mano al rostro, sin saber cómo zafarse de la situación.

"- Madre, no es momento ni lugar para hablar de ello", sugirió Manuel.

"- Pero hijo, no le veo nada de inapropiado. Están felizmente casados, vuestra vida está resuelta, y Antonia ya se encuentra en edad de merecer", razonó Eleonora.

Antonia comenzó a clavar sus largas y afiladas uñas en la palma de sus propias manos.

"- Madre, Antonia y yo estamos cómodos sin hijos por ahora. Por mi parte estoy bastante distraído con los nuevos proyectos de la empresa, en tanto Antonia se encuentra acondicionando la casa de verano que habitaremos dentro de unos meses".

Eleonora demostró desconcierto ante la respuesta, y decidió no ahondar en el asunto.

"- ¿Qué opinan si servimos los postres?", invitó Alberto. "- Isabel, Haga el favor de retirar la mesa y traer el carrito con los dulces".

"- A su orden, patrón", respondió la sirvienta.

Antonia optó por abandonar la sala, y se dirigió hacia el balcón. Instantes después, Manuel se presentó para hacerle compañía.

"- Antonia, disculpa a mi madre. Suele ser muy insensible con los demás, anteponiendo siempre sus prioridades. Olvida lo sucedido, no tenemos que decidir nada ahora al respecto".

"- Lo sé Manuel, pero darles un heredero es ineludible. Todo es un negocio para ellos. Si al menos nos dejaran decidir sobre ello, pero no", fundamentó Antonia. "- Ahora, evitemos más situaciones incómodas, terminemos la velada y ya saldremos de aquí mañana, si Dios quiere".

***

Varios años habían quedado atrás, y el enlace no presentaba crecimiento. Manuel se encauzaba en sus ocupaciones laborales cada vez más, y los viajes en la región se habían vuelto una rutina. Antonia ya le escapaba a sus obligaciones aristocráticas cada vez que le era posible. La desdicha iba en aumento.

El tema de la cría se había convertido en un mojón cada vez más insoportable con el paso del tiempo. Antonia no lograba quedar encinta. Múltiples especialistas la habían examinado, sin dar con un diagnóstico certero. Por supuesto, nadie cuestionó que la explicación pudiera provenir del factor masculino.

"- Antonia, el carruaje me espera en la puerta. Regresaré el próximo viernes", anunció Manuel.

Antonia sorbía una copa de vino, sin mostrar mayor interés en el

comunicado de su marido.

“- Mis padres vendrán de visita el sábado. Ya ordené a la servidumbre que prepare la recámara de huéspedes y organicé un banquete de bienvenida”.

La copa se rellenaba con el líquido violeta a gran velocidad.

“- Nos vemos pronto”. Antonia se esmeró en regalarse una sonrisa. Manuel, batido, abandonó la habitación.

La botella no demoró en quedar vacía. Antonia, quien se había acostumbrado a echar un trago diariamente, lejos de sentir somnolencia sintió la necesidad de dejar el lugar. Se cepilló repetidas veces el cabello, se perfumó con su mejor fragancia, y solicitó al chofer que trajera el transporte.

El conductor abrió la puerta del coche, y la ayudó a subir los escalones. Una vez que su pasajera se acomodó, procedió a tomar asiento y conducir a los equinos.

Habitualmente, Antonia mantendría cerrada la ventanilla que la comunicaba con el cochero. Sin embargo, hoy sentía la necesidad de confesarse con alguien. “- Josefo, sé que no es costumbre que dialoguemos, pero quisiera hacerte una pregunta”.

“- Sí, señora”, respondió el conductor.

“- ¿Eres feliz con tu matrimonio?”.

“- Sí, señora”, repitió.

“- ¿Pero nunca desearías haber tenido una vida diferente, si pudieras?”.

El chofer, sin voltearse, continuó respondiendo al interrogatorio. “- No, señora”.

“- Josefo, ¿puedes ser sincero aunque fuera en alguna de tus respuestas?”.

“- Señora… no quiero abusar de vuestra confianza. Usted y el patrón me han tratado bien. Y quisiera continuar así sino es molestia”, argumentó Josefo.

“- Te prometo que nada de lo que digas afectará tu relación con nosotros”.

Josefo se giró hacia Antonia, y lo que vio en su rostro lo decidió a tomar el riesgo.

"- Trabajo de doce a catorce horas por día, de lunes a domingo. Cuando regreso a casa, apenas veo a mi esposa e hijos, y tengo suerte si consigo conciliar el sueño cuatro o cinco horas. Mi morada es fría y oscura, y a pesar de vuestra generosidad, la comida no abunda". Se volvió hacia el camino, inseguro de haber tomado la mejor decisión al abrirse con su ama.

Antonia, pasmada, desistió de la interpelación. Josefo era un buen sirviente, y no había sido justa al ponerlo en tamaño compromiso. Cerró la ventanilla delantera, y abrió una de las laterales para que el aire fresco la despabilara.

Finalmente llegaron al centro, y Antonia ordenó que la dejara en la cafetería de costumbre. Instruyó al criado del lugar lo que deseaba consumir, y se dedicó a contemplar el movimiento de la calle.

Observaba sin punto fijo el ajetreo de la tarde, cuando un grupo en particular llamó su atención. Era un matrimonio con dos descendientes. La niña era la mayor, ya casi adolescente. El niño, aparentaba ser algunos años menor e iba tomado de la mano de su madre. Cuando se enfocó en el padre, reconocer a Fernando después de tanto tiempo la atolondró.

Consideró acercarse y saludar, pero, ¿qué sentido tendría? Habían pasado ya más de diez años, y había sido ella quien había negado posibilidad alguna de que la relación prosperara. Su temor por desafiar a su padre había podido más. ¿Y qué hubiera pasado si lo hubiera hecho? ¿Hubiera sido menos dichosa por vivir con menos lujos y con mayores incertidumbres? El relato de Josefo había sido altamente pesimista, pero evidenciaba despecho ante la insistencia en obtener réplicas a sus interrogantes. Prosiguió con su infusión, y cuando acabó se dispuso a deambular por el barrio.

***

"- No, Manuel. No importa cuánto machaques con el tema. No, no y no".

"- Vamos, mujer. Que no te estoy preguntando. Te estoy diciendo que nos vamos para América. Hace más de veinte años que estamos aquí estancados en Fonsagrada. Los negocios me requieren allí", sentenció Manuel.

Antonia, con más arrugas en la piel que años que las justificaran, bebía una nueva copa de licor. "- Está bien. Tú me dices lo que deseas, ahora es

mi turno de manifestar lo que quiero. Y lo que quiero es un crío”.

Manuel revoleaba los globos oculares y anticipaba como una nueva discusión se entablaba entre ambos. “- Antonia, por el amor de Dios. ¿Es que realmente hablas en serio? Nunca pudimos procrear, ¿qué te hace pensar que en plena menopausia lo lograremos?”.

“- No te hablo de engendrarlo nosotros. Quiero que adoptemos. Una criatura recién nacida. Tú ves cómo lo resuelves. Alguna posibilidad de concretarlo ha de existir”.

La despreció con su mano derecha, y volvió a ocultarse detrás del periódico. Advertía que Antonia deseaba continuar el intercambio. Ahora, debería descifrar cómo complacer a su esposa, y de una buena vez poder embarcarse hacia el sur.

***

CAPÍTULO 3

***

El día despuntaba en el horizonte. La rutina matinal volvía a repetirse una vez más, y Juana agradecía a Jesucristo por la bendición de la familia que había formado. Terminó el rezo, y de dispuso a preparar el desayuno para los aún durmientes.

Si bien las guerras civiles se sucedían una y otra vez, Montevideo prosperaba con las inversiones británicas y la instalación de diferentes fábricas y comercios. Flamantes instituciones bancarias también se establecían en la ciudad, y la dinámica de la economía ofrecía nuevas oportunidades de trabajo a los pobladores.

Juan José se había convertido en su esposo hacía dos años, y la había colmado desde el principio de su vínculo. Las condiciones en las que llegaron a conocerse no fueron propicias para el inicio de un romance, pero siendo pasajeros solitarios en el trayecto que unía el viejo continente con el nuevo, las oportunidades para entablar conversación y conocerse se sucedieron una y otra vez.

La habilidad de su marido con el machete, y su corpulencia, le habían facilitado el obtener un puesto en uno de los frigoríficos ingleses. La paga era buena, y rápidamente juntaron dinero suficiente para construir una pequeña vivienda en la Villa del Cerro.

Juana había dejado en España una vida diferente. Enfermera por vocación, sintió el desamor de su profesión en poco tiempo, producto de las sucesivas guerras y epidemias que acosaban a la nación (y que se

habían llevado, de una forma u otra, a sus padres consigo). América del Sur ofrecía nuevas oportunidades, la posibilidad de un cambio y de forjarse su nuevo destino. El magisterio resultó ser la alternativa para el canje, y puso todo su empeño a disposición para alcanzar sus objetivos.

"- Buenos días. Lamento decirle que deberá usted partir ahora mismo. Si mi esposa me encuentra con semejante lindura en la casa, estaré en aprietos", pronunció Juan José mientras la abrazaba por detrás.

"- Eres un idiota", contestó Juana mientras se reía y se volvía para retribuir el saludo.

"- ¿Todo preparado para el último día? Es increíble como parece que fue ayer que partiste hecha un manojo de nervios a dar tu primera clase", recordó Juan José.

"- Sí, por fortuna hoy será una formalidad. No veo la hora de tomar un descanso contigo y con la niña".

Le compartió una taza de té caliente, y se sentaron a la mesa de madera que se encontraba en la estrecha cocina.

"- Hoy hablaré con mi jefe, y me postularé para el puesto de saladero. Los beneficios son superiores a los de mi puesto actual, y honestamente me he hartado un poco del cuchillo".

"- Cariño, sé que lo lograrás. Estoy muy orgullosa de ti". Tomó sus manos con las suyas, y rozó sus palmas con sus pulgares.

Bernardina los convocó desde su camastro, y Juana abandonó momentáneamente a su esposo para atenderla. "- Hola pequeña, buenos días para ti. Espero que hayas descansado".

La pequeña se deshizo en morisquetas, y estiró los brazos para que su madre la alzara. Juana la aupó, y regresó para reunirse con Juan José y disfrutar del desayuno en familia.

***

El año lectivo había culminado, y Juana disfrutaba de un merecido descanso en compañía de su pequeña. Juan José había logrado la promoción, lo que había repercutido no solamente en un mejor salario, sino en un horario más compatible con la vida familiar. Todo ello ameritaba una celebración, y esa noche habían decidido salir a cenar a uno de los nuevos restaurantes de la zona.

"- Virginia, no sabemos cómo agradecerte que te encargues de Bernardina. Serán solamente unas horas. Al regreso, Juan José te

acompañará hasta tu hogar”.

La criada arrullaba la enésima canción de cuna, y parecía que Bernardina finalmente comenzaba a dormitar. “- Váyanse de aquí, vamos. Antes de que me arrepienta”. La confianza que había logrado con sus patrones no era común, y era algo por lo estaba profundamente agradecida.

Juan José acababa de aprontarse; acarició el cerquillo de su chiquilla, e indicó a Juana que era buen momento para marcharse.

El mesón se encontraba colmado. La muchedumbre cantaba y reía, bebía y comía con despreocupación. Se sentaron a la mesa, y repasaron el menú con interés.

“- ¿Qué te parece si compartimos una jarra de vino blanco?”, propuso Juana.

“- ¿No estarás intentando embriagarme?”, acusó Juan José entre carcajadas.

“- Nada más alejado de la realidad. Es que quizás así logre mitigar aunque sea un poco tus ronquidos, y consiga dormir un poco mejor”.

Levantaron las copas, y brindaron por todo lo bueno que parecía avecinarse.

“- He pedido licencia en el trabajo. Aprovecharemos a ir a la playa, la niña lo disfrutará mucho. Y me hará bien estar unos días en la casa con ustedes”.

La caminata de regreso había sido enmarañada. El exceso con el alcohol los había divertido durante la velada, pero los demoró más de la cuenta. Al doblar la esquina, una inusitada luminosidad llamó su atención.

“- Juan José, qué es eso…”, comenzó a preguntar Juana. Cuando comprobó que la bola de fuego que consumía una vivienda era la suya, emitió un alarido que le retumbó en los oídos para toda la vida.

Ambos se apresuraron tanto como la bebida se los permitió. En el perímetro de la choza, los vecinos intentaban apagar las llamas con cubos de tierra, e intentando cortarle el oxígeno a la hoguera. Sin embargo, la intensidad del fuego no cesaba.

Juan José, en su desespero, se aprestó a ingresar por la puerta principal e intentar el rescate. Pero Juana se lo impidió abalanzándose sobre él con todo su peso.

Minutos después, la hoguera había consumido completamente lo que alguna vez había sido su hogar. Juan José se mantenía arrodillado frente a las brasas, y el desconsuelo era inconmensurable. Juana permanecía de pie, inmovilizada.

***

Apenas algunas semanas habían transcurrido desde el fatídico incidente. Juan José, culminada la licencia, no había conseguido volver a sus obligaciones. El despido era inminente.

Juana, aún de receso, no lograba ponerlo de una pieza. Las exequias, lejos de darle un cierre a tamaña tragedia, no habían hecho más que agudizar el conflicto interno.

Por encima de todo, la diminuta habitación que debieron alquilar en la pensión de la zona le resultaba inaguantable. "- Juan José, debo ir al mercado. ¿Por qué no me acompañas? Salir un poco de esta mazmorra te hará bien".

Juan José, repitiendo la actitud que había adoptado en su nueva realidad, guardaba silencio absoluto.

Juana lo rodeó con sus brazos, y lo besó en la mejilla. Tomó la bolsa de arpillera de la silla, y partió en dirección a la feria. A su regreso, Juan José aparecía colgado de una soga al cuello.

***

Su universo había dado un desvío tremendo. En menos de un mes, había perdido a los dos amores de su vida. Estaba decidida a no comenzar los nuevos cursos, aunque ello le costara el puesto.

Por las mañanas, descendía hasta la playa y emprendía largas caminatas. A veces incluso, comenzaba el paseo aún en penumbras. Ello, le permitió notar un destello en el horizonte, intermitente. El faro de la isla de Flores resplandecía y le recordaba su llegada a estas tierras. Todas las esperanzas que habían depositado en su nueva vida, las había consumido una llama completamente diferente.

Una de las trabajadoras de las pescaderías de la zona, se le acercó, reconociéndola por sus recurrentes caminatas por la costa. "-Están montando un nuevo lazareto, para recibir a los barcos de los inmigrantes. He escuchado que están contratando personal. La retribución ha de ser muy buena, para ir uno a aislarse a un trozo de tierra en la mitad del mar", narró una de las empleadas.

“- ¿Y sabes qué tipo de puestos están precisando cubrir?”, consultó Juana.

“- Criadas, cocineras, pero sobre todo enfermeras”.

***

La embarcación era lo suficientemente pequeña para no encallar, y poder detenerse en la playa de la isla. Juana descendió con su pequeño bolso, y lo primero que atrapó su atención fue el majestuoso faro, que sobresalía entre las construcciones, a pesar de la renovada infraestructura. Durante el corto trayecto, el marinero que trasladaba a los nuevos habitantes del cayo había hallado tiempo suficiente para narrarles incontables historias. Sobre la construcción de la torre y de la deuda contraída forzosamente con los portugueses para su financiamiento, a pesar de su cuestionada utilidad. De igual modo, de cómo los nativos indígenas la habían utilizado originalmente como campamento para sus temporadas de pesca. Luego, de cómo fueron sucedidos por los primeros colonizadores que, al tomar posesión de la misma, la convirtieron en un punto estratégico para abastecimiento.

Con el gobierno del naciente estado oriental, se develó su real provecho para la contención de las enfermedades que viajaban en los barcos europeos. Durante casi tres décadas, la engorrosa faena de frenar la llegada de las infecciones del viejo mundo se había desarrollado con contados recursos e infinitas complicaciones. El pequeño establecimiento que allí se erigía ahora aseguraba un control exhaustivo y prácticamente infalible.

Juana se presentó en la enfermería, donde el doctor la aguardaba para la inducción. Faltaban apenas días para que el primer buque proclamara la apertura del lazareto.

“- Buenos días, Sra. Monterroso. Mucho gusto en conocerla finalmente”, saludó el médico a su ingreso.

“- El gusto es mío, doctor. Por favor, llámeme Juana”.

“- Bien, Juana. ¿Qué le parece si damos un recorrido por la isla? Y descubrimos las diferentes instancias que afrontará en su rutina diaria”, propuso.

“- Lo que usted indique”, respondió Juana.

Egresaron del consultorio, y comenzaron el trayecto a pie. “- Permítame comenzar por explicarle la conformación de la isla”, comenzó el doctor. “- Se compone de tres islotes, siendo en el que nos encontramos el principal. Aquí permanecerán los pasajeros de primera clase que no superen la

revisión médica, y durante una semana se alojarán en el hotel. De seguro la gran mayoría rechazará la noticia, pero durante su estadía contarán con comodidades suficientes para hacerlo llevadero. Servicio de mucama, restaurante abierto doce horas al día, salón de juegos y un gran auditorio para disfrutar de ocasionales orquestas”.

Juana escuchaba atentamente la explicación de su superior. Prosiguieron su caminata, y tomaron el carruaje que conectaba el primer atolón con el segundo. “- ¿Qué sucederá con los enfermos que no se recuperen al finalizar el aislamiento?”, consultó Juana instantes antes de descender de su transporte.

“- Por lo general, al finalizar la cuarentena la mayoría volverá a embarcarse y completará su viaje a Montevideo. En contados casos, y de no presentar mejorías en los síntomas identificados, los pacientes serán derivados al hospital que notarás más adelante, para reencontrarse con los restantes pasajeros de la tercera clase que comenzaron su confinamiento allí. Su estancia en la isla, se extenderá entonces por un mes más”.

Juana divisó el sanatorio a la distancia. El coloso de concreto prácticamente ocupaba el segundo tramo de la isla de punta a punta. Al fondo, se ubicaba la flamante necrópolis.

Ascendieron las escaleras de la entrada principal, y se internaron en el edificio. “- Aquí será la mandamás de las demás colaboradoras. Ninguna cuenta con la pericia que usted legitimó en su entrevista. Durante la mañana, realizará una visita a primera hora para coordinar las tareas en este edificio. Luego, deberá estar disponible en la enfermería del primer islote para atender las posibles consultas de los pasajeros de primera clase. Por las tardes, volverá a comparecer aquí, y supervisar el normal funcionamiento del hospital”.

El doctor presentó a Juana con sus ayudantes, quienes la observaron con deferencia. Juana las congratuló una por una.

“- La proporción de convalecientes que se recuperará descenderá con respecto al primer islote”, esclareció el médico, mientras se paseaban entre los camastros que más adelante estarían atestados de gente, con semblantes que combinarían pavor y angustia. “- Aquellos que completen la cuarentena sin mejoría -o, con agravamiento evidente de su condición-, serán trasladados al último islote. Escuchará muchas veces el nombre de ´hospital sucio´ para referirse a la construcción que allí se descubre, y hacia donde nos dirigiremos por último”.

El trasbordo final recorría un extenso cruce que era inundado por el agua del río. Juana advertía como las ruedas de la carreta se sumergían en el torrente. “- Se lo que está pensando, Juana”, interrumpió el médico. “- El

tercer islote no es accesible permanentemente. Cuando sube la marea, realizar el cruce se torna bastante dificultoso, incluso inasequible en los días de tormenta”.

El transporte los depositó en una extensión sensiblemente menor de tierra. La tercera edificación se adecuaba al tamaño del arrecife. Contaba con un único acceso, y disponía de pocos ventanales.

“- Aquí, los insanos que no consigan superar el confinamiento encontrarán sus últimos días. Las situaciones en las que alguien logre invertir el proceso serán contadas. No dispondremos de personal aquí para atenderlos, más que un vigilante que le comunicará eventuales emergencias”, aclaró el doctor.

Juana procesaba las novedades en silencio. “- ¿Para qué es esa chimenea?”, consultó.

“¿Ve algún cementerio en esta parte de la isla?”, consultó el doctor. “- El incinerador será el desenlace de aquellos que no tengan oportunidad alguna de sanar. Esta edificación albergó en el pasado a la totalidad de los infectados que debían guardar aislamiento en la isla; en aquel entonces, los fallecidos eran directamente desechados al mar”.

Al retornar al islote mayor, se deleitaron con un almuerzo de la flamante cocina de la posada. Juana no desaprovechó la ocasión, y ordenó platillos que difícilmente volvería a degustar durante su estancia en la isla.

“- Aproveche para descansar, Juana. Mañana deberemos organizar la enfermería y finiquitar la capacitación de sus asistentes”, sugirió el doctor. Se despidió, y subió las escalinatas a su dormitorio.

Juana permaneció un momento en el salón de música, y luego abandonó el edificio para dirigirse a los humildes aposentos de los empleados. Abrió la delgada puerta de madera, encendió la vela y, antes de cerrar la habitación, se volvió hacia el mar. Una tormenta comenzaba a formarse, en la confabulación de numerosos nubarrones renegridos. Una vez a resguardo, se embarcó en desempacar su escaso equipaje, y colocarlo sobre una improvisada estructura que cumplía las veces de armario.

El pequeño cofre emergió por último de su bolso, y lo colocó sobre la mesita de luz. Con paciencia, tomó la llave que colgaba de su pecho, la colocó en la cerradura y levantó la cubierta. De su interior, extrajo la sortija de Juan José y el broche de pelo de Bernardina. Los tomó entre sus manos, y lloró por unos minutos. Todo lo que deseaba era no olvidarlos, pero al mismo tiempo ambicionaba poder rehacer poco a poco su vida.

***

CAPÍTULO 4

***

El navío surcaba el vasto océano, y completaba su vigésimo día de travesía. El capitán retornaba de un interrumpido descanso, y reemplazaba al primer oficial en el puente.

"- Capitán Tolosa, nada para informar. El curso ha sido estable", reportó el oficial mientras le entregaba la bitácora con sus anotaciones.

"- Estupendo, oficial", respondió el capitán, mientras tomaba el mando del timón.

El arribo del buque a la isla de Flores representaba la inauguración del renovado lazareto. El capitán, alejado definitivamente de su carrera militar en la marina española, comenzaba a tomarle los puntos a su nuevo cargo comandando el transporte intercontinental.

Aún no inauguraban el muelle en el islote principal, por lo que los pasajeros debían descender en botes que eran maniobrados con gruesas poleas. En la arena de la playa, aguardaba una delegación encabezada por el presidente Batlle.

"- Nos complace darle la bienvenida, capitán Tolosa. Su viaje representa un mojón fundamental en la historia de este lugar. Le estamos muy agradecido por su servicio", manifestó el presidente mientras estrechaba su mano.

"- Es un honor, señor presidente", afirmó el capitán.

Los empleados de aduanas lo escoltaron hasta las oficinas, y realizaron el papeleo de rigor. "Capitán, la enfermera lo acompañará a la clínica, para que pueda realizarse la revisión de rutina, no serán más que un momento", aseguró el funcionario. El capitán aseveró, en el momento que Juana ingresaba a la sala.

"- Buenos días, capitán. Por favor, acompáñeme. El doctor lo está esperando". Juana evitó hacer contacto visual, manifiestamente intranquila por el evento que estaba vivenciando. Que era elemental que todo saliera a la perfección, no representaba duda ninguna.

El capitán se ubicó en la camilla, se despojó de su abrigo y comenzó a desabotonarse la camisa. Juana no lograba calmar sus nervios. Era la primera vez que veía a un hombre con el torso desnudo desde el

fallecimiento de Juan José.

“- ¿Se encuentra usted bien, enfermera? La noto pálida”, preguntó el capitán.

“- No es nada, ruego me disculpe. Anoche no descansé adecuadamente, creo que me venció la ansiedad”, se excusó Juana mientras terminaba de preparar el instrumental.

“- Capitán, enhorabuena. Mis felicitaciones por un periplo exitoso”, saludó el médico mientras se aproximaba a los dos.

“- Agradecido, doctor”, contestó el capitán.

“- Juana, déjenos solos. Una vez que complete el examen del capitán Tolosa, comenzaremos con los pasajeros”. Juana se disponía a acatar el mandato, cuando se percató que el capitán se enfocaba con interés en su persona. Ruborizada, con torpeza terminó de acomodar los implementos y aceleró hacia la salida.

***

Por la noche, un espléndido banquete estrenaba el hotel para los primeros huéspedes. El capitán, aunque fatigado, cumplió con las formalidades y se presentó en la gala. Se sonrió disimuladamente al identificar a Juana entre los presentes.

“- Enfermera, veo que aquí no le dan descanso”, afirmo el capitán. Tomó su mano derecha, y la besó súbitamente.

Juana, admirada, se escudó en su maquillaje para no evidenciar su nuevo sonrojo. “- El doctor me convidó a participar, no podía rehusarme”, justificó.

“- ¿Gusta sentarse en mi mesa?”, ofreció el capitán. “- He viajado durante tres semanas con la misma compañía, me vendría bien refrescar los cuentos”, propuso el capitán.

“- Acepto su invitación, capitán”, respondió Juana.

La velada se desarrollaba en perfecta armonía. El bullicio del salón no impedía que la conversación prosperara. El intercambio de experiencias de vida los asombraba recíprocamente. Juana conoció la historia del capitán; su ascendencia linajuda, su rebeldía adolescente que lo llevaría a abandonar el hogar familiar y enrolarse en el ejercito a una muy joven edad.

El posterior descubrimiento de su fascinación por el mar, y la posibilidad de embarcarse una y otra vez con el objetivo de defender su patria. Fascinación que se extendió hasta la guerra hispano-marroquí, donde el conflicto con el sultanato africano lo enfrentó con la experiencia más intensa de su existencia. Su bajel era hundido en las costas de Tánger, acontecimiento que lo depositó a merced de las turbias aguas. Durante horas lograría mantenerse a flote gracias a un barril de pólvora, que milagrosamente se le presentaba cuando las fuerzas comenzaban a abandonarlo, y el frío le calaba los huesos. Luego, el salvataje a instancias de una goleta que evadía el ataque, y el regreso al reino. Durante días permanecería internado en un hospital, donde se juramentó que su carrera como integrante de la Armada Española había llegado a su fin.

Juana, abrumada por el relato, a su turno obvió mayormente los detalles dolorosos de su anterior existencia. Entendía que narrarle los hechos acontecidos generaría en el capitán una compasión que no deseaba. Para justificar su presencia allí, argumentó simplemente necesidades económicas y la posibilidad de establecerse en un lugar aislado de la capital,

Luego de la sobremesa, la orquesta amenizó el evento con un extenso concierto. Cuando el capitán propuso a Juana que lo acompañara a la pista, no lo dudó. Se adentraron en el borbollón, y se perdieron entre los demás danzantes. Todo era perfecto. Pero nada lo es eternamente.

Al comienzo de una nueva tonada, un muchacho fornido se aproximó a la pareja. "- Capitán, tenga a bien permitirme que guíe el próximo baile de esta bella dama".

El capitán, extrañado, ratificó con Juana la solicitud del extraño, y aceptó. "- Devuélvamela en una pieza", advirtió el capitán. El extraño, con una risa socarrona en el rostro, tomó a Juana de la mano y la adentró en la pista de baile.

El tempo de su nuevo compañero no se adecuaba al ritmo de la melodía. Aparentaba encontrarse bebido, pero no percibía aroma a alcohol en su aliento. Gradualmente, comenzaba a distinguir un toqueteo impropio de la mano que la rodeaba por la espalda.

"- Deje de hacer eso, por favor", reclamó Juana.

"- No seas tonta, no te resistas", sugirió el muchacho.

El forcejeo pasaba desapercibido entre el gentío. Juana intentaba zafarse de su agarre, pero no lo conseguía. Se encontraba al límite del alarido.

El puño del capitán impactó directamente en el tabique del buscapleitos, quien rápidamente liberó a Juana y se llevó ambas manos al

ensangrentado rostro. Juana, manifiestamente acongojada, se alejó del foco de la acción.

"- Imbécil, ¡me has roto la nariz!", exclamó a viva voz su rival. La música se detuvo abruptamente, y la multitud se volvió hacia ellos. El capitán permanecía estoico en su lugar, preparado para el eventual contraataque.

"- ¡Fermín! ¡¿Estás bien?!", interpeló una voz femenina que se encontraba en segunda fila de los principales espectadores.

"- Sí madre; pero él no lo estará". Fermín arremetió con demencia hacia el capitán, quien con una zancadilla lo hizo rodar por el suelo.

"- Detente, precisas ver al médico", advirtió el capitán.

"- El que va a precisar un doctor es usted", replicó Fermín mientras se incorporaba. Lanzó varios golpes, la mayoría de los cuales hicieron contacto en el capitán. Continuó un forcejeo, que comenzó a desplazarlos a lo largo de la sala. El tumulto habría paso a los rivales, sin animarse a intervenir.

El presidente Batlle y su esposa, que se ubicaban en una mesa central y al fondo, se pusieron de pie al corroborar que la trifulca se aproximaba. "- Caballeros, ¡deténganse ahora mismo! ¡Es una orden!", profirió el presidente.

Los contendientes, ajenos a la realidad, se debatían en constante lucha. El presidente procuró proteger a su amada, pero se vio embestido por la fuerza bruta de los dos hombres. El gobernante y su pareja cayeron indefectiblemente al piso, golpeándose violentamente contra el hormigón.

El capitán, consiguiendo volver en sí, se percató del atropello que habían concretado. "- Señor presidente, mis más sinceras disculpas…", comenzó a enunciar mientras tendía su mano en señal de ayuda.

El presidente rechazó el auxilio del capitán, y se enfocaba en asistir a su compañera. Fermín, en tanto, contemplaba la escena desde el suelo, intentando limpiar todavía la sangre que continuaba manando de sus maltrechas fosas nasales.

"- General Ortiz", mandató el presidente Batlle. "- Que estos dos animales sean trasladados inmediatamente al tercer islote. Quiero que los vigilen hasta que decida qué hacer con ellos". El murmullo invadió la habitación.

"- Señor presidente…", contestó temeroso el general. "- El capitán debe continuar viaje mañana a Montevideo…".

“- El primer oficial puede tomar su lugar. Ahora, sáquenlos de mi vista”.

Los soldados se presentaron ante el presidente, y acataron la orden impartida por el general Ortiz. El capitán no ofreció resistencia; en cambio, Fermín luchó inútilmente contra sus captores.

“- ¡Señor presidente! ¡Señor presidente! ¡No puede hacerle esto a mi Fermín! ¡Ha sido todo un gran malentendido!, suplicó su madre entre sollozos. El presidente Batlle procuró no ser descortés, pero desechó abiertamente la petición.

***

Los insanos del “hospital sucio” del tercer atolón poco comprendían la situación. Dos individuos con sus ropajes maltratados eran ingresados por la fuerza al lugar, custodiados por una docena de militares.

“- Ahora, vamos a liberarlos. Cada uno se ubicará en su camastro, y permanecerá allí sin levantarse. Aquel que desobedezca, será juzgado por alta traición por el presidente”, exhortó el general Ortiz.

El capitán se recostó en la camilla, y optó por controlar sus pulsaciones. Fermín resoplaba continuamente, y hallaba sencillamente inviable el permanecer sedentario en posición horizontal.

“- Soldados, deberán hacer rondas para custodiar a los prisioneros. Cualquier acto de desobediencia que se genere, los habilita a utilizar la fuerza”. Los subordinados del general Ortiz confirmaron el mandamiento, y organizaron inmediatamente el primer turno.

“- Lamento mucho lo sucedido, capitán”, se disculpó en un tono casi inaudible el general Ortiz al aproximarse. “- Hablaré con el presidente; le aseguro que lo haré entrar en razón”. El capitán aprobó, y volvió a reclinarse en su catre.

***

Finalmente, debió aguardar el fin de semana completo para ser readmitido en el arrecife principal. El capitán ingresó a su habitación, y primeramente se dedicó a asearse. La ropa que lo acompañó durante su presidio, decidió descartarla. Su estancia en el segundo hospital le hacía presumir que no era conveniente retener dicha indumentaria.

El barco no regresaría hasta dentro de unos días desde la capital oriental. El capitán decidió que debía ir en búsqueda de Juana; la velada había sido imprevistamente interrumpida, y debía cerciorarse de que se encontraba

bien. Terminó de acomodarse el cabello, y partió hacia la enfermería.

Juana asistía a una pareja de ancianos, cuando notó al capitán en el umbral de la entrada. "- Capitán, ¿se encuentra usted bien?", preguntó.

"- Ahora, mucho mejor", respondió con un dejo de vergüenza.

"- Permítame terminar aquí, y me reuniré con usted afuera". Minutos después, Juana lo alcanzaba en el exterior de la clínica.

"- Juana, lo siento mucho. No justifico de manera alguna lo que hice, pero ese hombre sacó lo peor de mí".

"- Capitán, no tiene que disculparse conmigo. Por el contrario, le agradezco me haya defendido. Los demás fueron indiferentes a su agresión, nadie insinuó siquiera intervenir".

"- Mi estancia aquí se ha vuelta imprevistamente un poco más extensa", explicó el capitán. "- Me gustaría que retomemos donde nos interrumpieron, si está bien para ti".

"- Nada me haría más feliz", respondió Juana.

El médico se apersonaba al capitán, acompañado por el general Ortiz.

"- Buenos días, capitán. Lamento profundamente todo lo sucedido. El doctor me informa que, por procedimiento, deberá realizarle un nuevo examen. Haber permanecido un par de noches en el tercer islote lo hace necesario", explicó el general Ortiz. El capitán alternaba la mirada entre ambos, y percibió su incomodidad al tener que realizar este pedido.

"- No es problema alguno, general. Estoy a las órdenes del doctor, cuando guste".

"- Muchas gracias por comprender. Doctor, usted disponga".

El médico convocó a Juana, y le indicó preparar el instrumental que se utilizaba en la revisión de rutina. Juana se adelantó, y comenzó a preparar los utensilios.

"- Con su permiso", dijo el doctor. El capitán se situó en la litera, y se puso a su orden.

El doctor repitió el procedimiento de rutina, y se retiró a su escritorio.

"- ¿Me acompañarías a cenar hoy?", preguntó el capitán. Juana le respondió estrechándole un cálido abrazo. Así permanecieron por algunos

minutos.

El doctor regresó hacia donde estaban, y su gesto le dio a entender que podía ser portador de malas noticias.

"- ¿Todo en orden, doctor?", consultó el capitán.

"- Me temo que no.... Presenta usted signos de contagio. Deberá ser trasladado al segundo islote, para mayor seguridad".

"- No comprendo. Debería permanecer aquí en el hotel".

"- Lamentablemente, debemos seguir el protocolo sin excepciones. ¿Tuvo usted contacto directo con algún paciente durante su reclusión?".

"- No, en absoluto", afirmó el capitán.

"- Se me hace muy extraño. Le aseguro que pronto se repondrá, y podrá volver a comandar la nave rumbo al reino".

***

Fermín regresaba al hotel, y en el pórtico lo aguardaban sus padres.

"- ¡Hijo mío! ¡Qué injusticia más tremenda se ha cometido contigo!", declaró su madre.

"- No desesperes, ya estoy aquí". Le estrechó un afectivo abrazo, mientras su padre se limitaba a apoyar su mano derecha en su hombro izquierdo.

"- Mañana partiremos a Montevideo. Tu madre ha ordenado un transporte particular en cuanto haya disponibilidad", comentó su padre.

"- Ahora, ve a tu habitación. Hemos preparado una tina de agua caliente, y ropa limpia", indicó su madre.

Fermín agradeció, e ingresó a la recepción. Solicitó su llave, y se dirigió por el pasillo de la planta baja hacia su aposento. Pocas horas después, corría la misma suerte que el capitán, y era transferido al hospital.

***

CAPÍTULO 5

***

Francisco intentaba dormitar abrigado por una bolsa de arpillera, cuando la jarana que provenía del malecón volvió a interrumpir su pernocte.

Demoró unos segundos en integrarse, asaltado por una profunda vagancia.

Hacía algunos días ya que había abandonado su hogar, hastiado del continuo maltrato que recibía de sus padres. Quehaceres de sol a sol, ausencia absoluta de afecto y el incremental castigo físico lo habían decidido a desertar.

La sensación de apetencia se acrecentaba con el paso de las horas. No tenía recuerdos concretos de su última comida decente, y la rutina de revolver entre los desperdicios por restos de alimento comenzaba a instalarse.

Al aproximarse a la escollera, la postal que visualizaba lo desorientaba. Nunca había visto algo similar en su vida, recluido desde siempre en un hábitat campestre. Parecía un edificio de madera, pero estaba construido sobre el agua. La gente accedía al mismo por dos escalinatas -una al frente, otra al fondo- y, en lo que parecía ser un depósito, numerosos hombres ingresaban bolsas y barriles sin pausa, como si fueran hormigas trabajadoras.

La secuencia lo retenía hipnotizado, cuando un integrante de la tripulación lo abordó de repente. "- Hombre, que no te pagamos para que tomes el fresco. Ve a buscar más sacos y continúa cargando. Vamos, vamos". Francisco escuchó lo que el hombre recitaba, pero lejos estaba de comprender.

Uno de los peones le hizo señas a lo lejos, y Francisco se dirigió hacia él. "- Venga, ayúdame con esto. No te conviene estar de malas con el jefe, el viaje será largo y tendremos mucho trabajo a bordo". Apuntó a los sacones de harina, se colocó uno sobre los hombros, y encaminó hacia la bodega. Francisco, simplemente por imitación, hizo lo propio y fue detrás de él.

Casi una hora después, habían depositado todos los costales. Francisco permaneció de pie, despistado, aguardando la siguiente orden.

"- Oye, no lo has hecho para nada mal. N